

UN CARBONERO EN EL CAMINO

Penelope Chetwode

A las cuatro de la tarde salí cabalgando por un camino completamente recto y sin gravilla en dirección a Pozo Alcón que se encuentra a unos once kilómetros de distancia. De repente un joven con el rostro hisurto y tizado de carbón me adelantó galopando sentado de lado sobre un borrico, intentando alcanzar a su otro burro que se le había adelantado rumbo a casa mientras su dueño se había detenido para tomarse un vino en Cuevas. Jamás en mi vida había visto fuera del circo un ejercicio de equilibrio tan extraordinario. Cuando finalmente lo detuvo tirando del ronzal (algo distinto a las riendas) se volvió y me dijo gritando que me iba a acompañar a Pozo algo que no dejaba de ser un terrible aburrimiento puesto que estaba deseando estar sola durante un rato. Así pues, fuimos cabalgando juntos mientras él se comía el almuerzo: un trozo de pan enorme con arenques *crudos* que él abría cortándolos con su *navaja*, quitándole las tripas con el dedo meñique, algo que me parecía un refinamiento innecesario. Por supuesto, él me ofreció compartir su comida pero yo me negué argumentando de la manera más educada que pude, que acababa de almorzar en la *posada*. De todos modos acepté encantada unas cuantas nueces y unos higos secos que luego él se sacó de un bolsillo mugriento.

Mientras íbamos cabalgando me dijo que era carbonero y que acababa de entregar carbón en Cuevas. Como yo era viajera lo más probable es que no quisiera comprar carbón. Pero, ¿Desearía comprar un excelente jamón que él mismo había curado para llevármelo? O, ¿quizás, querría comprar su otro burro para llevar el equipaje? Le dije que todo cabía perfectamente en mis *alforjas* y que la Marquesa podía llevar todas mis cosas y también a mí. Esta fue una ocasión social en la que a mí me estuvo haciendo mucha falta la *bota* que había perdido: Juan tenía una y yo tuve que ir bebiendo de ella en repetidas ocasiones durante nuestro recorrido mañanero como exige la etiqueta.

Luego el carbonero comenzó a hacerme preguntas referentes a la cantidad que había pagado en esta u otra *posada* y cuánto le había pagado a Juan, etc... (por supuesto, siempre le decía cifras bastante más bajas) hasta que me cansé tanto que le pedí que cantase para que dejara de hablar.

‘Déme cien *pesetas*.’

‘No, diez.’

‘Cien.’

Completamente exasperada comencé a cantar y lo invité a escuchar las tres estrofas completas *Lorelei* en Alemán, uno de mis números fijos. Todo lo que conseguí con esto fue que me dijera lo pobre que era mientras se señalaba las rodillas que se podían ver por los rotos de sus pantalones. Como auto defensa dije que le daría veinticinco *pesetas* si iba cantando para mí el resto del camino.

¡Déme cien *pesetas*!

Yo le alargué una moneda de veinticinco *pesetas* a la que él no pudo resistirse y comenzó a cantar *cante jondo* y de hecho lo hizo muy bien. Pero no aguantó mucho tiempo.

‘¡*Me da cien peseta!*’ gritó amenazador, cortándole el paso a la Marquesa con su pequeño y tierno *borriquillo*.

¡Voy sola a Pozo! Grité mientras clavaba las puntas de mis estribos en la ijada de la Marquesa de modo que salimos a medio galope avanzando por la blanda y arenosa cuneta de la carretera, con las *alforjas* dando saltos de arriba abajo sin parar. Yo podía escuchar unos piecitos galopando que me perseguían, pero no durante mucho rato, el buen paso de la Marquesa pronto dejó atrás a los burros, aunque la mantuve a medio galope durante una milla al menos para mantener una buena distancia entre mí y lo más cercano a un bandolero que yo haya encontrado en mi vida.

Hasta este momento yo me había sentido demasiado tímida para decir ‘vaya usted con Dios’ a la gente que me encontraba o de la que me despedía; pero la velocidad me dio valentía y yo grité: ‘¡Vaya usted con Dio-o-o-o-o’ todo lo fuerte que pude a todo el que pasaba. Fue algo bastante excitante.

Pozo Alcón es un *pueblo* grande de 12.000 habitantes con tres médicos y tres curas. Tiene una gran fábrica de cemento y una refinería de aceite. En la actualidad hay aproximadamente cincuenta hombres empleados en la construcción de una presa a nueve kilómetros de distancia que se utilizará para electricidad y para regadío.

La *posada* a la que me dirigí tenía un nombre bastante altisonante ‘*Parador del Carmen, Camas y Comidas*’. ‘*Garaje*’. Llevé a la Marquesa al garaje través del patio empedrado que suele haber y éste estaba lleno de mulos pero me dijeron que todos estaban atados allí de manera temporal mientras que sus dueños estaban bebiendo en el bar y que el verdadero establo estaba más allá. El hijo mayor del posadero, un sonriente muchacho de dieciséis años le quitó la silla encantado, le trajo un poco de *cebada* y durante los dos días que pasé en esta posada él se ocupó constantemente de la yegua, sacándola a beber, viendo si tenía suficiente *paja* y poniéndole y quitándole la montura. Las mazorcas de maíz siempre se las daba yo.

Yo tenía una habitación individual con una estrecha ventana que daba al norte y que de hecho tenía algunos cristales. Pero en la parte superior uno se había roto y faltaba un trozo. Los postigos no cerraban bien y el *pueblo* estaba situado en lo alto de una llanura a los pies de la sierra del Pozo con un viento helado que soplaba desde allí por lo que la habitación era extremadamente fría y tenía corriente. Yo vacié mis alforjas y me di cuenta de que mi magnífico pijama de dayella⁹⁸ se me había caído mientras huía. Así que, después de todo, el joven carbonero había ganado –puesto que había recogido un premio que costaba al menos unas tres-

76 Tejido parecido a la Viyella y que hace años se hacía en las mismas fábricas.

cientas *pesetas*. ¿Se pondría la parte de abajo de rayas para sus correrías y asaltos en lugar de sus pantalones hechos jirones con los que él no pudo despertar en mi la compasión?

Frente a mi habitación había un retrete planificado de la manera más ingeniosa para avergonzar al ocupante que yo haya visto en toda mi vida: tenía forma de L y la puerta era demasiado grande para el marco con lo cual no se podía cerrar bien. De la mitad hacia arriba debería haber tenido cuatro paneles de vidrio esmerilado pero faltaba uno de modo que cualquier persona que parara por allí podía mirar perfectamente hacia adentro. Cuando dabas un portazo desde el interior se quedaba encajada en el quicio durante medio minuto, luego ella sola se abría completamente con un chirrido triunfante y con el ángulo de la pared era imposible volver a cerrarla.

Ya que no había tenido tiempo para mí puesto que había estado en la carretera todo el día y como quedaban unas cuatro horas para que la cena estuviese preparada, me senté en la cama con dos pares de calcetines puestos, dos jerséis y mi chaquetón y me puse a escribir unas cartas. Pero el helado viento se me metió en los huesos de modo que me levanté y fui a mis devociones vespertinas sorprendida al escuchar el '*Dios te salve María*' de unos altavoces colocados en la plaza delante de la iglesia. Se trataba del cura que estaba hablando delante de un micrófono mientras dirigía a la congregación en el rezo del Santo Rosario desde el púlpito. Luego le pregunté la hora a la que decía misa ya que la *posada* estaba a unos diez minutos a pie y era probable que yo no escuchara los tres toques de las campanas. El me dijo: 'A las ocho y media, no a las nueve menos cuarto, bueno no, mejor a las nueve en punto, *es más seguro*'.

De vuelta de mis rezos vespertinos me dirigí al establo para dar la cena a la Marquesa, pero no podía abrir porque había ovejas tumbadas en la puerta. Por fin empujé hasta que pude entrar y me caí completamente de bruces encima de una oveja enorme. Ésta emanaba un olor delicioso a lanolina. Cuando por fin pude

llegar a donde estaba la Marquesa había otra oveja tumbada en la paja cortada del pesebre. Parecía estar tan a gusto y tan calentita que no me gustaba la idea de echarla de allí, de modo que me llevé la yegua a otro gancho más abajo. En el establo que parecía el Arca de Noé, aparte de las ovejas había varios cerdos bastante grandes, una hilera con nueve mulos, cinco burros, siete cabras, dos ponis, dos pavos blancos y muchas gallinas. Cuando iba saliendo pillé a la Marquesa, a la muy pícara dando a hurtadillas una coza a uno de los pobres cerdos.

Mientras que estaba yendo hacia el comedor para cenar casi pierdo los nervios: no había menos de nueve hombres sentados en una mesa de camilla enorme tomando una sopa de pescado rojiza. Tuve la misma sensación de hundimiento que la que sentí hace treinta años antes de entrar en una fiesta de debutantes. Pero ahora, al igual que entonces, yo tenía que pasar por esto, de modo que me senté entre un electricista que trabajaba en la presa y que tenía el rostro que parecía un santo bizantino y un alegre tratante de cerdos de cara redonda que había estado comprando cerdos en el mercado y que había visto a mi yegua y le había gustado mucho. *Qué buena jaca* dijo, sin tener remota idea de que la Marquesa estaba haciendo todo lo que podía para dejar lisiadas sus compras.

Le pregunté si él tenía caballos propios. Me dijo que tenía un cortijo cerca de Pozo y que solía tener dos caballos pero que como comían mucho los había vendido. Ahora sólo tenía mulas para trabajar los campos.

María, la muchacha de diecisiete años que nos atendía, tenía unos brillantes ojos negros y coqueteaba escandalosamente con los clientes. Luego, mientras estuve sentada en la cocina esperando para calentar mi botella de agua caliente conocí al posadero, a la posadera y a sus nueve niños. Ella se encargaba de toda la comida de la posada mientras que los niños jugaban dentro y fuera de la cocina, por el garaje y los establos. Estuve hablando con un ingeniero de la presa y con su esposa que no habían estado sentados en mi mesa durante la cena. Eran de Madrid y ella estuvo lamentando su sino por estar confinada en este apartado pueblo tan provinciano.

Le sugerí que se comprara un caballo y que se dedicase a explorar las sierras de los alrededores pero no pareció que ella pensara que se trataba de una buena idea.

En esta *posada* tan grande no se cocina en el fuego abierto de una chimenea sino que hay una hornilla de carbón a lo largo de un muro pero ni siquiera aquí había horno de modo que toda la comida se tenía que reducir a alimentos fritos y a estofados.

Sin pijama me metí en la cama con dos juegos de ropa interior incluyendo unos preciosos pololos que compré en Málaga, mis dos jerséis y dos mantas extra que me proporcionó María; con una botella de agua muy caliente y mi chaquetón encima de todo esto pude realmente por fin sentirme caliente.

Sólo los franceses saben cómo negociar con San Antonio de modo que me quedé dormida recitando⁹⁹...

'Saint Antoine de Padou

Grand cocain, grand voleur, grand filou

Qui connaissez tous les p'tits trous

Rendez nous c'qui n'est pas a vous!

Algo que le había hecho soltar muchas cosas para mí en el pasado. Pero en el fondo de mi alma yo sabía que no había nada que él pudiera hacer por mi pijama de dayella.

Martes, 14 de noviembre

Fui a misa a las 9 (el cura había dicho que esa hora era *más segura*) y me encontré con que el evangelio ya iba por la mitad. ¡Oh! Los horarios de las misas son de lo más exasperante de todas las *cosas de España*. Para desayunar tomé un excelente

⁷⁷ *San Antonio de Padua, pillín, ladronzuelo y tramposillo, tu que conoces todos los pequeños rincones, ¡devuélveme lo que no es tuyo!*

café expreso en la *posada* después de lo cual me dirigí a la peluquería puesto que había pedido hora la noche anterior.

Yo había llegado tres cuartos de hora tarde pero la señora ni siquiera había puesto el agua a calentar, por lo que había sido muy puntual de acuerdo con sus ideas. La peluquería era el pequeño cuarto de estar de una casita en una calle adyacente. No había una sola ventana de modo que la puerta de entrada tenía que permanecer completamente abierta para que entrase algo de luz que se uniese a la de la bombilla de muy pocos vatios. Finalmente trajeron una cacerola de agua caliente desde una habitación contigua y fui sometida al siguiente suplicio:

1. - Colocaron una palangana bastante grande en la estructura circular de una silla a la que le faltaba el asiento.

2. - Me puse de rodillas sobre un cojín delante de la silla y bajé la cabeza como si estuviese preparada para la decapitación.

3. - Por las piernas me subió un viento helado como si estuviese cargado de nieve.

4. - Llenaron la palangana hasta la mitad con el agua caliente de la cacerola y le añadieron agua fría de un cubo que había llevado Natividad, la hija de la señora.

5. - La peluquera me lavó la cabeza y me dio dos aclarados mientras me contaba la triste historia de su vida: cómo la había abandonado su marido mientras estaba embarazada; cómo no había sabido nada de él desde entonces; me contó que Natividad nunca había visto a su padre; que ella entonces se fue a Alicante a casa de una tía durante seis meses para aprender su oficio. Mientras me cortaba y luego me marcaba el peinado, su hijita que estaba tiritando de frío con un vestido de algodón y una rebeca, le iba alargando los rulos. Finalmente me colocaron bajo un moderno secador eléctrico deliciosamente caliente mientras que Natividad permanecía sentada a mi lado tomándose el desayuno (11 a.m.) compuesto de pan reseco y chocolate con leche y almendras.

La peluquera me cobró quince *pesetas* por el lavado, corte y marcado, algo que no llegaba a los dos chelines. Me quedé pasmada y le di veinticinco por lo que ella se mostró conmovedoramente agradecida. Luego decidí acercarme a mi silla de montar a coger algunas correas que estaban en las solapas de mis alforjas. En España no hay nada que cierre bien: ni las ventanas ni los postigos ni las *alforjas* ni las puertas de los retretes. Natividad volvió a la *posada* conmigo y fuimos a buscar las alforjas y las bridas (que habían sido cosidas de manera provisional con hilo de esparto por mi posadero en Don Diego) y ella me llevó a todo lo largo de la calle principal de Pozo que hacia todo lo alto lleva hasta la iglesia y donde ya me había dado cuenta de que había muchas tiendas: comestibles, ferreterías, una relojería, dos farmacias, tiendas de tejidos y un mercado municipal cubierto, donde se podía comprar pescado, carne, frutas, verduras y todo tipo de ultramarinos. Fuimos a la talabartería donde colgaban magníficas muestras de sus artículos de artesanía: mantas bordadas para sillas de montar y alforjas, petos, pantalones de montar y preciosas e impactantes bridas para *burro* rosas y escarlata, y le enseñé al talabartero dónde quería que cosiera unas correas y hebillas adicionales para evitar que fuera por ahí perdiendo algún otro tesoro que se me saliera de las *alforjas*. También compré un ronzal para amarrar a la Marquesa por la noche. Hasta ahora ella sólo ha tenido un trozo de sogá alrededor del pescuezo.

El almuerzo a las dos de la tarde consistió en un delicioso *cocido*, una tortilla francesa y melocotón en almibar. Mis únicos compañeros fueron un atractivo y joven oficial de la Guardia Civil y un fabricante de muebles de Baeza quien dijo que tenía planes de ir a Suiza para hacer negocios ya que tenía algunos amigos allí con los que podía quedarse y así podría ganar bastante más dinero. Él me dijo que no estaba casado aunque parecía tener alrededor de unos treinta años, por lo que yo le aconsejé que se buscara como novia a una guapa suiza.

Cuando la luz de la tarde era la apropiada para hacer fotografías fui caminando por las sinuosas y empinadas calles hasta la parte más alta del pueblo y mientras ca-

minaba sin rumbo haciendo fotos a pintorescos grupos de mujeres haciendo punto y cosiendo en las puertas de sus casas, una joven se me acercó y me preguntó si yo había perdido ayer algo en la carretera. Sorprendida la seguí hasta su casa, entré y allí estaba el carbonero, cubierto de hollín como siempre y sonriendo de oreja a oreja mientras me alargaba mi pijama. ¿Qué podía hacer sino darle *cien pesetas*? Desde un principio él había ganado claramente la partida. ¡Y todo lo que había estado hablando de la pobreza! Yo no tenía más que un billete de mil *pesetas* por lo que él me dio novecientas de cambio que sacó directamente de su abultada cartera. Nos dimos la mano y nos despedimos quedando como los mejores amigos.

En los alrededores del pueblo había varios arroyos de montaña con mujeres lavando ropa cuyas figuras se recortaban ante el telón azul de la Sierra del Pozo. En España las mujeres parece que nunca paran de lavar: por la mañana, por la tarde y por la noche. Me quedé fascinada mirando a dos niños que iban montados sobre un burro trotando mientras se iban peleando. Estaban sentados uno frente al otro y los dos estaban intentando tirar al contrario. Nunca dejo de admirar el fantástico equilibrio de estos andaluces. Se sienten igual de cómodos sentados hacia delante o hacia atrás en un animal que vaya al trote o al galope, y creo que sin ningún tipo de entrenamiento previo, ellos podrían montar un caballo en una gran exhibición de saltos.

En esta ocasión ya me iban siguiendo inevitablemente un gran número de niños. Cualquier extranjero debe estar preparado a representar el papel del Flautista de Hamelín en España y cuanto antes aceptes el papel, mejor. El gritarle a los *niños* no te libra de ellos, como yo aprendí en Don Diego. Cuando íbamos volviendo al *pueblo* yo les dije que les compraría unos caramelos y ellos me llevaron a una tienda donde les compré medio kilo. Pero justo cuando salimos a la calle y yo comencé a repartirlos, tres o cuatro a cada niño, iban apareciendo más y más niños que no sé de dónde salían hasta que me dio la impresión de estar rodeada por miles de brazos extendidos. Ya desesperada arrojé el resto de los caramelos al aire dando lugar

a una impresionante melé y a los gritos de dos pobres niñas a las que pisotearon. Me di cuenta que tendría que probar otro sistema de distribución de caramelos.

Cuando volví a la *posada*, me puse escribir cartas en el cuarto de estar de la familia que estaba al lado de la cocina. Pero a una no la dejan tranquila durante mucho tiempo. Pronto entró un tratante de mulos vestido con una amplia camisa de algodón gris sobre unos pantalones de pana. Él quería decirme cuánto le gustaba la Marquesa. La acababa de ver en el establo donde había entrado para dar de comer a sus nueve mulos. Al día siguiente pensaba llevarlos a Baza. ¿Me interesaría venderla? No, le expliqué, no podía venderla porque no era mía. ¿Le podría preguntar al propietario? Ahora ya estaba acostumbrada a recibir ofertas para comprar a la Marquesa y ya había ideado una serie de respuestas que siempre disuadían a sus admiradores de seguir molestándome:

‘Ésta es la yegua preferida de un inglés que es Duque de Wellington y Ciudad Rodrigo’, decía. ‘Él siempre la monta cuando viene a su finca’.

Este tratante de mediana edad, uno de los hombres más atractivos que yo haya visto en mi vida, tenía un modo de hablar tan agradable y unos modales tan distinguidos que si él cambiase su amplia camisa por una corbata blanca y un frac, destacaría por derecho propio en la más solemne de las cenas. Entonces empecé a escuchar unos desgarradores chillidos que venían desde el patio cubierto. Los cerdos, a los que la Marquesa había importunado tanto, estaban siendo pesados en básculas colgadas del techo antes de ser metidos en el camión para llevárselos. Fui a dar de comer a la señora y me di cuenta de que habían sacado del establo todas las ovejas y los cerdos. Pero las nueve mulas del aristocrático tratante seguían allí alegremente comiendo sin parar *paja y cebada*.

Mi amigo el tratante de cerdos se había ido a su casa una vez que había visto que los animales que había comprado estaban a salvo y ya dentro del camión. Los hombres que había en la cena estaban principalmente relacionados con la presa y también había un joven electricista sevillano fascinante que esta noche era el

objetivo de los brillantes ojos de María. Como muestra de sus sentimientos ella finalmente se metió bajo la mesa de camilla y le calentó las piernas con el rescoldo caliente.

Miércoles, quince de noviembre

Por la mañana salí rumbo a **Tiscar**. Era una mañana cálida y soleada y el camino sin grava iba subiendo hacia las montañas y decidí disfrutar mi propia compañía a cualquier precio. Se me ocurrió un plan que posteriormente puse en práctica el resto de mi viaje: si quería adelantar a alguien en el camino yo me pondría a trotar con inquebrantable resolución y le diría canturreando '¡Vaya Usted con Dio- o-o-o-o-o!' Si se daba el caso de que estuviese entreteniéndome por el camino o que estuviese sentada contemplando el paisaje mientras la Marquesa disfrutara de su descanso para comer y yo escuchara cascos de caballos aproximándose, yo me subiría a la silla con la ayuda de una banqueta o de una roca y saldría a galope. Yo simplemente tendría los días para mí si es que tenía que brillar en la vida social de las *posadas* durante la noche. Pero en este tramo del viaje no tuve que recurrir a ninguna de las estratagemas que acabo de exponer. Me adelantaron dos camiones en doce kilómetros pero no encontré a nadie más ni caminando ni cabalgando. Las montañas estaban profusamente plantadas de pinos y pude ver un cartel blanco grande en el que se podía leer: *Ministerio de Agricultura. Patrimonio Forestal del Estado*.

Tiscar es un pueblo como sacado de los cuentos de Grimm, se trata de una *aldea* que es algo distinto a un *pueblo*, ya que sólo tenía unos doscientos habitantes. Se extiende hacia abajo por un rocoso desfiladero en uno de cuyos extremos los colosales precipicios dejan ver una diminuta atalaya árabe, y es difícil distinguir entre lo que es obra de Dios y el trabajo del hombre realizado con el mismo tipo de piedra.

Aquí Penelope Chetwode fue testigo de una matanza y relata el modo en el que hacían morcillas y salchichas. También, visitó la cueva de la Virgen de Tiscar y

continuó viaje a lomos de la Marquesa hacia Quesada donde acompañada por don Antonio el párroco y el alcalde, visitó las dos iglesias del pueblo.

Cuando llegué a **Quesada** no sabía si seguir hasta Cazorla. Luego pensé que a la Marquesa le gustaría comer, así pues la llevé hacia abajo por una calle empedrada y muy empinada hacia la calle principal que era bastante estrecha pero estaba asfaltada. Había una *posada* muy agradable con un dormitorio que tenía dos cristales en la ventana aunque los otros dos se habían roto. El establo era pestilente y estaba abarrotado de muebles viejos tirados sobre la basura, en absoluto a la altura del nivel habitual de porquería. Tuve que atar a la pobre Marquesa cerca de un enorme montón de troncos que se le caían entre las patas (luego, cuando sacaron algunos mulos la moví un poco más abajo). Compré dos kilos de cebada en la tienda que había en la puerta de al lado ya que el posadero no tenía. Luego fui a visitar al *párroco*.

Don Antonio, un hombre excepcionalmente encantador estaba sentado ante su mesa de trabajo en su despacho. Él no dejaba de sonreír y estaba ocupado recibiendo a una interminable cola de parroquianos que se le acercaban para que les firmase documentos y para que les diese algunas respuestas.

Le pedí que me contase la historia de la Virgen de Tiscar. El me dio una calurosa bienvenida a su *pueblo*, me invitó a almorzar, me prometió contarme la historia más tarde y mientras tanto me insistió en llevarme al ayuntamiento a conocer al *alcalde*, don Antonio Navarrete, quien es un distinguido poeta de la naturaleza y que recientemente había publicado una serie de poemas describiendo los riscos, arroyos, pájaros y plantas de estas agrestes sierras¹⁰⁰.

El párroco y el poeta me acompañaron cruzando la plaza hasta una agradable galería de arte muy pequeña donde se podían ver las obras de Rafael Zabaleta,

78 Con posterioridad Penelope Chetwode le enseñó el libro de poemas del alcalde de Quesada a la poetisa norteamericana Gamel Woolsey, esposa de Gerald Brenan, y ella tradujo al inglés uno de los poemas que Penelope Chetwode incluye en este libro.

hijo de un comerciante de telas de Quesada que había fallecido el año anterior a la temprana edad de cincuenta y dos años. Gracias a su amigo, el cultivado *Alcalde*, este pintor ha recibido honores en su propio país. Sus primeras obras muestran una clara influencia del Picasso de la época azul. Luego se ven trazos puntillistas e influencias de Braque, Matisse y Douanier. Maestro de la composición, él se introduce en su propio *pueblo* y las sierras de los alrededores y algunas de sus escenas de cosecha bien merecen un viaje exclusivamente para ver Quesada. Realmente me sentí emocionada al encontrar este centro de cultura en un pueblo de montaña tan apartado: el teólogo, el poeta y el pintor.

Volví a la *posada* para cambiarme de ropa y ponerme un jersey y una falda. Mi posadera como era de esperar, se sorprendió mucho cuando supo que iba a almorzar con el cura de la parroquia. Le dije que definitivamente había decidido quedarme a pasar la noche ya que no había forma de que la comida terminase antes de las cuatro de la tarde, había dos iglesias que quería visitar y oscurece un poco después de las seis.

De vuelta a la casa parroquial don Antonio me presentó a su encantadora y anciana madre y a su padre que vivían con él, y su madre me contó que tenía dos hijos más jóvenes que estaban estudiando para ser sacerdotes en el Seminario Diocesano de Jaén. El edificio forma parte de una hilera de casas, las pequeñas habitaciones tenían los suelos de losetas y en el despacho se podían ver librerías con puertas de cristal abarrotadas de libros de teología en español y en latín, incluyendo ediciones completas de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz.

Para almorzar tomamos un guiso de patatas y conejo seguido de hígado y terminamos con un sorprendente pudín de maicena al estilo inglés, con azúcar y canela por encima. Cuando terminamos el sacerdote me contó, con mucha paciencia y repitiéndolo varias veces, hablando muy despacio y de manera clara para que yo pudiese entenderle, la historia de la Virgen de Tiscar. [...]

Salí de Quesada después de haber almorzado muy temprano acompañada por el encantador hijo de mi posadero. ¡Oh, qué buena educación y qué maravillosas formas tienen todos los jóvenes españoles! Él vino andando hasta el fondo de pueblo y me llevó hasta el escarpado y romántico *camino muy malo*. Las vistas eran impresionantes cuando volvía la vista hacia atrás para mirar al pueblo desde esta senda, con la iglesia parroquial elevándose por encima del perfil del pueblo en el lugar en el que en la antigüedad había una fortaleza.

A unos dos kilómetros de Quesada llegamos a una pequeña ermita blanqueada que tenía un campanario. La puerta estaba cerrada, pero había un agujero por el que pude echar un vistazo al interior completamente abandonado a no ser porque se podía ver una estatua de San Sebastián en el altar.